



LA DESESPERACION DE JUDAS.

En la última exposición de pinturas, llamaban la atención del público dos cuadros que representaban, el uno *La inocencia perdida*, y el otro *La desesperación de Judas*, debidos ambos á las inspiraciones de Don German Hernandez, jóven de brillantes esperanzas, que en la anterior esposición (1848) se habia dado á conocer con otro cuadro en que pintó á *Jesus y la Samaritana*.

No nos proponemos hablar hoy de estas obras de arte, sino únicamente de la que representa *La desesperación de Judas*, por haber dado ocasion á dos poetas justamente apreciados para escribir las composiciones que el lector va á juzgar. Un diario acaba de consignar acerca del trabajo del Sr. Hernandez el siguiente juicio, que por conformarse con el nuestro nos ahora espresarle en otras palabras.

«*La desesperación de Judas*. Considerado este cuadro bajo el punto de vista puramente material ó de forma, no carece de defectos, y entre estos podríamos contar, como uno de los mas esenciales, la

poco feliz espresion de la figura del diablo y su actitud amanerada y prosaica. Pero prescindiendo de la parte material, en la que hay realmente errores disculpables de inesperienza, el modo de concebir el asunto, la espresion de Judas y del ángel de su guarda, y sobre todo la grandeza y armonia del conjunto, dan á conocer que quien ha sabido imaginar un todo tan lleno de magnífica poesia; quien de tal suerte ha combinado los elementos del poema aterrador y sublime en el que el traidor discípulo de Cristo se entrega á la desesperacion y á la muerte, como en castigo de su crimen, en medio del trastorno de los elementos, sin ver la enseña salvadora que se levanta en el Calvario, no es en manera alguna hombre de vulgar entendimiento; antes bien podrá algun dia, si es alentado en su carrera y no abandona el estudio, producir obras que immortalicen su nombre.»

Nosotros creemos que los lectores del SEMANARIO verán con gusto estos trabajos que son una nueva prueba del deseo que nos anima de ver enlazadas las letras y las artes españolas.

ODA.

(Al señor don German Hernandez, con motivo del cuadro que sobre la desesperacion de Judas presentó en la última Exposicion.)

Su luz serena el cielo
y soles rutilantes encubria
con funerario velo,
y en palpables tinieblas envolvía
de las calladas selvas la espesura;
el sublimado monte; la llanura;
y el mar inmenso que de horror mugía.

Sus alas replegaba
con frémito medroso el rudo viento:
la tierra suspiraba
con angustia y terror; y ronco acento
cual de lejana tempestad oncosa,
que estrago anuncia y muertes, espantosa,
tal vez sonaba misterioso y lento.

Ni murmurio suave
se oye de fuente en bosques ó en pradera,
ni canto alguno de ave,
ni clamor de torrentes ó de fiera.
Arden las nubes, hierven, se propagan,
y en silencio relumbran, y se apagan,
llamas do quier por la anchurosa esfera.

Y al fulgor de sus lampos,
tremante el corazón, vieron mis ojos
en los desiertos campos
desnudas rocas y áridos abrojos:
de vengadora cólera divina
indelebles señales; y ruma
de la mano del hombre y sus enojos.

Y vi tus negros muros,
triste JERUSALEN, pátria de llanto
y corazones duros;
y de nube sangrienta rojo manto
sobre el escelso GÓLGOTA pendiente:
padron de infamia á tu marchita frente:
perpétua causa á tu inmortal quebranto.

¡Noche de hondos misterios
cual la que en pasmo ayer y horror profundos
sumió los hemisferios,
cuando con férreos brazos iracundos
al UNGUO, SION, crucificaste,
y su sangre preciosa derramaste
que en divino raudal bañó los mundos.

¡Llegó acaso el momento,
maldecida ciudad, y la venganza
que Dios acopia lento,
menor que tu delito, al fin te alcanza;
y, sorda al ruego, de la CRUZ en pago
dolor te envía y funeral estrago,
negada á tu clamor dulce esperanza?

¡Oh! duerme todavía
libre, SION, mientras sus rayos ROMA
y su dogal te envía:
¡misera mas que al perecer SONOMA!
y al despertar, adorna en adulterio
al impio tus doncellas, y el salterio
á TITO cante y al infiel MAHOMA.

¡Cuál, pues, duro castigo,
si el tuyo no, JERUSALEN, se apresta

de Dios al enemigo?
¿Contra quién el SEÑOR su brazo asesta?
¿O á nuevo crimen preparado el hombre,
con su justicia que á la tierra asombre
irritado y piadoso le amonesta?

Alegre está el averno:
su rey sobre el abismo se levanta;
blasfema del ERABNO;
y esperando su triunfo altivo canta.
Y entre las voces del tartáreo coro,
acento horrible de furor y lloro,
jamás oído, el corazón espanta.

Al pié de árbol añoso
que sin hojas, señero, se divisa
en alto pedregoso,
á la luz del relámpago indecisa,
á Judas miro: del desnudo cuello
un lazo pende: mészase el cabello,
y al cielo insulta con feroz sonrisa.

La lengua vestidura
en desórden está: muéstrase el pecho
latiendo con presura
cual ola brava en reducido lecho:
salidos de sus cuencas, ambos ojos
en alto fija, con la saña rojos,
y á Dios amaga en su infernal despecho

El ala recogida,
junto á él de espaldas su custodio llora:
al alma ya perdida
el arcángel rebelda vengadora
llama dispone en el sulfúreo abismo;
y el tormento de Judas en sí mismo
doblado siente que su ser devora.

Y al apóstol perjuro
la vista tiende y mano fulminada,
mientras el ángel puro
sus ojos vela, y con la diestra alzada
último ruego al HACERON envía,
y triste, á paso lento, se desvía
de horror la mente y de piedad turbada.

Y entonces sobrevino
oscuridad mayor, y pavoroso
silencio repentino.
La tierra absorta al caso lastimoso
enmudece temblando: en sus regiones
de cándidos querubes las legiones
se estremecen al fallo temeroso.

Súbito el estampido
del trueno horrisonante se desata,
y el intenso bramido
de la tormenta al aire se dilata.
Rompe el rayo las nubes: piedra y fuego
con él caminan; y en su furia ciego
campos incendia y montes arrebatá.

Blanca, suave lumbre
sobre el CALVARIO sacrosanto esplende,
y triunfante en su cumbre
en luces mil el LABANO se enciende.
Como lluvia de sangre roja llama
sobre SION horrenda se derrama,
y á pueblo y valle rápida descienda.

Del arduo monte erguido
cayó el traidor descoyuntado y roto

al lazo el cuello asido;
y cual suele fragor de terremoto
subir al cielo y conmover el mundo,
asi al caer, rodando hasta el profundo,
gimió el emperio y el confin remoto.

No á su presa mas listo
acude el tigre, que de mal sediento
al vendedor de Cristo
Luzbel saboso con legion sin cuento;
y alli le abraza; y en la torva frente
su garrá imprime, y el agudo diente:
signo de alianza en el comun tormento.

A la mansion precita
luego le arrastra del cordel atado
con afrenta infinita;
y al orbe como el trueno dilatado
un acento infernal: *maldito*, exclama:
maldito el viento en los espacios brama:
maldito el mar en ronco son airado.

Mientras el angel bello
las alas tiende hácia el CALVARIO santo,
suelto el rubio cabello,
mustió en el rostro y desceñido el manto;
y alli ante Dios doblada la rodilla
de la divina Cruz al pié se humilla,
el suelo besa y lo humedece en llanto.

RAPAEI MARIA BARALT.

ODA

Al mismo asunto y con igual motivo, dedicada á Don German Hernandez.

La cólera ha pasado
del Señor por el valle que estoy viendo:
¡ cómo, roble tronchado,
como lo está diciendo
rayo que cruza con fragor horrendo!

¿ Do hallar quien la resista?
El verdescente musgo convertido
en abrasada arista,
por el cierzo impelido
sube á espantar al águila en su nido.

Do quier horror de muerte,
do quier la destruccion alzando el vuelo
mueve su brazo fuerte:
¡ ay! ¡ cómo treme el suelo
y el sol se oculta en sanguinoso velo!

Mas hé allá en lontananza
la cruz de redencion, do há muerto el Justo
que confundir alcanza
á Leviatan robusto,
paz dando al orbe desde el leño augusto.

¡ Rugid, oh vendabales!
¡ Bramad, oh truenos, con bramido bronco!
Potencias infernales,
¿ qué sirve ahullido ronco
si el mundo abraza de la cruz el tronco?

Acuda el que al pecado
dobló la frente en ignominia ruda;
aunque sobrepujado
hayan á la menuda
arena sus delitos, corra, acuda.

Pero ¡ ay! ¿ quién es el triste
mortal que en medio á la feroz tormenta
desesperado asiste,
livida y macilenta
la faz, que sello criminal ostenta?

Judas, Judas, detente:
aparta de tu cuello esa lazada;
tranquiliza tu frente
do bulle la encrespada
melena por los éuros contrastada.

Ese raudal precioso
de sangre derramada en el altura
del Gólgota riscozo,
fuente es de gracia pura:
dócil la implora y la hallarás segura.

Pero ¡ oh dolor! mirando
el signo á todos de salud y vida,
el apóstol infando
la sogá maldecida
convulso alhaga en su garganta asida.

Satan con ansia fiera
aguarda asirlo del dogal pendiente:
— «Miseró, desespera....
¡ Desesperó! — Furente
grita, y lo impele á la mortal vertiente.

¡ Oh sangre preciosa
de un Dios por Judas derramada en vano!
¡ Oh escena lastimosa!
¡ Oh ingenio soberano
que al lienzo la llevó con hábil mano!

JOAQUIN JOSÉ CERVINO.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

ESTABLECIMIENTO EN ESPAÑA DEL CRISTIANISMO: LUCHA ENTRE EL ARIANISMO Y EL CATOLICISMO. — CONSTITUCION ECLESIASTICA DE ESPAÑA. — VICARIOS PONTIFICIOS. — DE QUIÉNES SE COMPONIA EL CLERO. — SILLAS METROPOLITANAS. — DERECHOS DE ESTOS. — IDEM DE LOS PATRONOS. — ELECCION DE LOS OBISPOS. — GERARQUIA ECLESIASTICA. — DISCIPLINA. — ESTABLECIMIENTO Y COSTUMBRES DE LOS CONVENTOS DE RELIGIOSOS Y RELIGIOSAS. — SU APOGEO. — VIRGENES VELADAS. — INMUNIDADES ECLESIASTICAS. — PENAS Á QUE ESTABAN SUJETOS LOS CLÉRIGOS. — CONCILIOS. — SU DIVISION Y ATRIBUCIONES.

I.

Nada de fijo nos ha conservado la historia en ciertas materias, y apenas si en ellas tenemos mas datos para guiarnos que ligeros apuntes de antiguas crónicas, ayudados casi siempre con la luz de un sano criterio, ó la consecuencia, las mas de las veces forzada, de los principios mas conformes con la razon. Tal vez, entonces como ahora, abundarian los anales de los diferentes pueblos, razas, sociedades ó familias en las que el mundo se divide: empero lo difícil de su conservacion, ora por tener que fiarlas al manuscrito, siempre difícil de guardar por luengos años, ora á causa de las continuas invasiones de otros pueblos mas dados al bélico ejercicio de las armas que al pacífico cultivo de las letras, han impedido, hasta que mas tranquilas las naciones se ha ido poniendo límite á las conquistas, el llegar á nuestras manos documentos ciertos é irrefragables de los hechos primitivos. La era cristiana, abriendo al mundo una senda nueva, y empezando con la tolerancia y grandor de sus doctrinas á dominar las pasiones del hombre, y ese lujo de vanidad, orgullo y poderio que devoraba á los conquistadores de otros siglos, habia de cambiar tambien los deseos del espíritu. ¡ Empero cuánta sangre derramada y cuánta devastacion no ha dominado, hasta que las máximas consoladoras y pacíficas de un evangelio santo han ido penetran-

de poco á poco y sin descanso hasta lo íntimo del humano corazón! Y sin embargo, para los señores de la fuerza, para aquéllos que cimentaban su gloria y poderío sobre montones de cadáveres y ríos de sangre, ha habido victorias y cantos y poemas; mientras que para el que con sólo su cayado por armá mortífero, y su sajal por escudo, oponía al cauto guerrero la fraternidad y el amor, la paz á la lucha y el perdón á la venganza, no ha habido una palabra de gracias, una sombra de recuerdo!

Ocupémonos, pues, aunque sea someramente y en cuanto lo permitan los límites de este ameno *Semanario*, de la iglesia gótica y episcopado español en los tiempos primitivos.

Sin creer con algunos escritores que toda la raza goda hubiera abrazado las doctrinas de la inocente víctima del Gólgota, á la vista solamente de los prodigios que obrara la cruz en favor de Constantino, es muy cierto que desde aquella época empezó el cristianismo á introducirse entre ellos por medio de los cautivos griegos y romanos. Entre las firmas de los obispos asistentes al concilio de Nicea, se encuentra la de Teophilo, obispo de la Gothia, y esto nos indica que el catolicismo era ya conocido y se hallaba establecido entre los godos antes que las doctrinas de Ario se propagaran en sus ámbitos. Ninguna noticia nos da ni nada nos dice la historia acerca de su primitiva religión; y aunque se crea que los godos antes de su conversión adoraban con los escandinavos á Odín ó Wodán, esta suposición no tiene mas base que la florida imaginación de algunos escritores.

Cualesquiera, empero, que fuesen sus primeros principios religiosos, no por eso dejaron de luchar con los de la nueva creencia, y las controversias sobre estas doctrinas duraron hasta el reinado del emperador Valente las diversas ramas de la gran familia goda establecida en las orillas del Danubio. Los misioneros enviados por Valente para predicarles el arrianismo, fueron asaz bien acogidos al principio; empero luego uno de los gefes godos llamado Athumarico, tenaz defensor de su primitiva creencia, los persiguió crudamente, derramando por esto su sangre de mártires de su fé. Otro gefe, sin embargo, llamado Friedegera, que significa *naturalmente pacífico*, acogió mejor á los piadosos enviados de Valente. Entre ellos se contaba el obispo godo Ulphilas ó Wolphilas, el cual, largo tiempo interesado en definir los estrechos límites que separaban la fé católica de la arriana, acabó por firmar la profesion de fé del sínodo arriano del año 359, uniendo su influencia á la de los enviados de Valente para convertir á sus compatriotas al arrianismo.

Lo que mas caracteriza á la raza goda, así como á las demas razas bárbaras, es la facilidad que tenían en cambiar de creencia; pues que á la menor orden de sus gefes dejaban con la mayor indiferencia la idolatría por el cristianismo, ó bien una creencia cristiana por otra. Así Clovis, gefe de los francos, compra la victoria con el bautismo; Hecliar, rey de los suecos, abraza el catolicismo con todos sus vasallos; Bencismundo, uno de sus sucesores se hace arriano con el fin de lograr la mano de una de las hijas de Teodorico, arrastrando tras sí la inévil convicción de los suyos. Menos de un siglo despues Teodorico vuelve al seno de la iglesia católica, y en pos de él la corte, y luego el pueblo á ejemplo suyo confiesa y abraza las reglas de la iglesia católica, y en pos de él la corte, y luego el pueblo á ejemplo suyo confiesa y abraza las reglas de la iglesia ortodoxa. En lo, los godos manchados con el arrianismo de su obispo Ulphilas, tornan á la ortodoxia invitados por su rey Recaredo.

Hay, en esta estraña flexibilidad para mudar de creencia, algo mas que indiferencia, porque todos aquellos bárbaros no eran estériles ciertamente. Los godos, deteniéndose y conteniendo su furor en medio del saqueo y pillage de Roma, para cantar los esmos de la iglesia y acompañar las reliquias de los mártires, no podían ser completamente insensibles á aquel gran prestigio de santidad que salvó á la ciudad eterna del furor de Alaric; su fé naciente no se amedrentaba con la severidad del dogma; antes por el contrario, se complacía en contemplar la elegante y rica pompa del culto que habia abrazado. Empero tolerantes por desconfianza ó apatía, su buen sentido no tomaba parte en las frívolas aunque empujadas disputas, dignas tan solo de entretener la afeminación de las cortes corrompidas del bajo imperio. Antes de Eurico y despues de él, hasta Leovigildo, los reyes godos, aunque arrianos, no persiguieron á nadie, ni tampoco Alarico II persiguió al clero católico, aunque este llamaba en su ayuda al rey ortodoxo de los francos; y por cierto que hasta el mismo Eurico podía alegar en favor de sus mandatos de destierro el peligro de una invasión franca, que le amenazaba de continuo, y la independencia del clero católico que proliferaba altamente la rebelión contra un rey herege, según mas detalladamente asegura el historiador Gregorio de Tours.

Peró el mismo clero sin embargo no tardó en conocer que no era el arrianismo lo que mas convenia á una sociedad bárbara todavía, que tenía respectivamente á la creencia, mas necesidad de obedecer

que de argüir. Confirmábala mas en esta opinion el ejemplo del clero romano en la dominación de los francos, reinando por medio de dogma sobre aquella raza rebelde á toda influencia, y esto, en verdad, era una seducción irresistible. Así pues, no tardó mucho en acordarse que no sería suyo el imperio del mundo, mientras permanecieran aislados del centro de la unidad católica, y de la poderosa acción que Roma empezaba ya á ejercer sobre el orbe entero.

De las 18 sectas en las que se hallaba dividido el arrianismo, la de Ulphilas y la de los godos eran las que mas se aproximaban al catolicismo; y en prueba de esto citaremos el hecho de la destrucción que mandó hacer Justiniano á su entrada en Constantinopla de todas las iglesias arrianas, exceptuando las de los godos. La diferencia entre estos y los arrianos era tan pequeña, que solo el espíritu de secta, siempre orgulloso, pudo impedir se efectuase la reconciliación antes de Recaredo. Empero aun antes de esta época vemos al episcopado arriano fuerte con la protección del poder civil, tratar á fuerza de concesiones de amalgamar por medio de un solo símbolo el arrianismo con el catolicismo. El primero, sin embargo, aunque basado sobre el derecho de órden, lo sostuvo mientras se halló en pugna abierta con la iglesia constituida, abjorándolo, ó mejor, desprendiéndose de él al momento que se le consideró como la religion dominante del estado; por consiguiente, era ya desde entonces mas fácil su reunion con el catolicismo que seguia el principio fundamental de su poderoso antagonista; esto es, la creencia pura y sin discusion de ninguna especie.

Empero estas concesiones que no indicaban mas que debilidad y falta de convicción, se estrellaron contra la inflexibilidad del dogma católico, al que se trataba en vano de seducir por medio de promesas ó amenazas. Todo por consiguiente se conjuraba para destruir una creencia que carecia de lo que constituye la fuerza de todo poder sobre la tierra; esto es, la fé en sí misma y en su porvenir. Falta tan solo para derribarla completamente un impulso ó fuerza superior que reuniese todas las convicciones flotantes en derredor del catolicismo hácia cuyo centro las arrojaba su propio interés. La orden y ejemplo de Recaredo vino á cortar semejante malestar; y los laicos y el clero se apresuraron todos á entrar en el redil en pos de su pastor y soberano.

II.

Tras esta rápida ojeada sobre las causas que perdieron al arrianismo, toquemos al exámen de la constitucion eclesiástica de España, antes y despues de la conversion de los godos al catolicismo. Bajo el reinado de Constantino, queriendo el clero secundar al poder civil en su vigoroso esfuerzo de organización, modeló su régimen ó constitución sobre la que regia entonces el imperio. La division de las diócesis era exactamente la misma que la política y la civil - el metropolitano (pues el nombre de *arobispo* no se encuentra sino en tiempos posteriores á la invasion de los árabes), presidía á los obispos de una provincia, mas sin acción alguna sobre el gobierno interior de sus diócesis respectivas. En la iglesia española, donde mas arraigado se hallaba el espíritu de igualdad, la autoridad del metropolitano costó largo tiempo de establecerse, y hasta la supremacia del pontífice romano no adquirió su grande influencia, sino lentamente y por grados, según lo afirma San Isidoro.

III.

El establecimiento y dominio de la creencia arriana junto con el catolicismo ortodoxo fué un poderoso auxilio para la supremacia papal. La iglesia española oprimida en el interior, conoció la necesidad que tenía de unirse mas y mas con el poder exterior, estrechando los débiles vínculos que la ligaban con la gran comunión de los fieles. Roma, siempre dispuesta á aprovecharse de estas ventajas, acostumbó poco á poco al clero español á considerarla como el árbitro de sus controversias. Antes de la conversion de Recaredo y los godos sus vasallos, ya encontramos en el año 480 de la era cristiana un prelado español llamado Zenon, metropolitano de Sevilla, revestido del título de vicario de la santa sede, «para recomponer su notorio celo y su virtud,» según dice el breve del santo padre (1). Si este título no constituía un poder real y efectivo, al menos era siempre un honor, y no se tardó, por consiguiente, en ver á estos mismos vicarios pontificios armados con la facultad de reprimir los abusos y convocar los concilios con todas las reservas de los derechos que pertenecian á los metropolitanos.

Tambien encontramos al comenzar el siglo séimo el ejemplo de un legado ó juez enviado por el papa Gregorio el Grande, llamado Juan, y por sobrenombre el *defensor*, encargado de apreciar la validez de la deposición de dos obispos hecha por un concilio provincial, los cuales habían apelado á la santa sede; aunque ya en los siglos quinto y sexto se ochan de ver algunos ejemplos, aunque raros, de

(1) Colección de concilios, pag. 497.

estas apelaciones, de las cuales se sirvió flama para ostender su autoridad. Empero no por eso debemos creer que el clero español animado del espíritu enérgico de independencia que distingue tanto la raza ibero-gótica, se sometió dócilmente á las usurpaciones que de ella intentaba hacer la autoridad papal; y aun podría citarse algún caso de la resistencia de esta iglesia, fuerte con la pureza de sus costumbres y su doctrina (1). Estas apelaciones y estos vicarios pontificios no se encuentran ya en la historia después de la conversión de los godos, época en la cual se estableció ya el principio de poder acudir á la potestad real en último recurso en materias eclesiásticas; tan solo se nota á fines del siglo sexto el envío del palio á San Leandro, metropolitano de Sevilla. En cuanto á la concesión de dispensas, era peculiar á los obispos, al sínodo, ó al concilio.

IV.

Por lo demás, la iglesia católica española se mantuvo siempre en el estado más floreciente aun durante la época de la dominación del arrianismo. El número de los obispos ortodoxos era mucho mayor que el de los cismáticos, y las grandiosas pompas de su culto ostentaban las sencillas formas de su contrario. Tampoco se sabe que los concilios españoles hayan estado prohibidos por los reyes arrianos: estas cortes religiosas que caben á la España el honor de haber sido la primera nación en convocar desde principios del siglo cuarto, y antes del famoso concilio de Nicea, según nos lo atestiguan las memorias de la academia de la historia, fueron aumentando sin cesar su importancia y su grandeza, combatiendo victoriosamente la herejía que por todos los medios imaginables trataba de introducirse en la península. Los nestorianos primero, y luego los manicheos, los priscilianistas y otras sectas menos conocidas, trataron, aunque en vano, de arraigarse en el suelo de la Iberia tan mortífero para el hereje; y hasta el arrianismo traído á la península en brazos de la conquista, profesado y apoyado por el rey y las autoridades laicas, acabó por estrellarse contra la ortodoxia innata que indudablemente caracteriza la raza española.

A juzgar por los nombres puestos al pie de las actas de los concilios, es evidente que durante los primeros siglos de la conquista, el clero se compuso de romanos ó de españoles indígenas: es permitido creerse, y está es nuestra opinión, que la raza conquistada, desposeída por sus dominadores de todos los empleos civiles y militares, buscó en el clero un asilo seguro, y el único sin duda que no había tentado la

ambición del vencedor. Mas tarde, cuando la iglesia fué siendo el poder dominante del estado, los godos, en quienes se iba apaciguando ya el ardor guerrero, quisieron tener una parte en las dignidades eclesiásticas, y desde entonces se nota mayor número de nombres godos entre los obispos. El progreso que fué haciendo la España en la cultura del entendimiento, la hizo tomar inclinación á un estado y carrera, donde se habían refugiado las artes y ciencias que escaparon á la destrucción del poder romano; empero tambien data desde esta época la relajación de costumbres y la falta de disciplina del clero.

V.

La conversión de los godos al catolicismo cambió muy poco ó nada la gerarquía eclesiástica. La iglesia, que de oprimida se trocó en vencedora, no alteró después de la victoria las formas del culto con que habia subyugado á sus mismos dominadores. Sin embargo, desde el día de su triunfo comenzó la intolerancia á hacerse sentir; y de perseguida se trasformó en perseguidora. Sin que hagamos mención de las tiránicas leyes de Sisebuto contra los judíos, vemos que Chintila, en el cuarto concilio de Toledo, manda espulsar de sus dominios á todo aquel que no sea verdadero y conocido católico. Rezesvindo ó Recesvinto va todavía mas lejos consagrando la intolerancia por medio de una ley, según se puede ver en el Fuero Juzgo, libro 12, tit. 2.º Ervigio y Egica muestran el mismo celo por la fé; y los reyes godos sucesores de Recaredo merecen todos el título de reyes católicos, con que mas tarde nuestros soberanos se adornaron con justo y noble orgullo.

VI.

La España gótica como la romana, se dividía en cinco diócesis metropolitanas correspondientes á las cinco provincias civiles y militares: el metropolitano de la Bética que tenía su sede en Sevilla, el de la Lusitania en Mérida; el de la Tarraconense en Tarragona, y el de la Galicia en Braga, hasta la mitad del siglo VI, que á causa de su aumento se dividió en dos, Braga y Lugo. Empero á la estincion del reinado de los Suevos, la primera tan solo conservó la dignidad. En la Cartaginense, Toledo y Cartagena se disputaron largo tiempo la preeminencia: mientras que una parte de esta provincia caía en poder de los griego-bizantinos, desde el año 534 hasta el de 622, Toledo fué la metrópoli de los godos, y Cartagena de los griegos, mas después de la salida de estos y estincion del poder imperial de Constantinopla en España, Toledo fué reconocida como la única metrópoli de toda la provincia.

(Concluirá.)

Luis MIGUEL y ROCA.



ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el río sueña!

(Continuación.)

Pasé pues á Ronda, lindísima ciudad que probablemente conocen todos Vds., y cuyo famoso *Tajo*, y bellas cercanías llevan á él todos los años á muchos viajeros ingleses, que ante el magnífico espectáculo que allí les ofrece la naturaleza, olvidan los tesoros de su nebulosa isla. Mi familia me recomendó tanto al Comandante general y á las principales casas de la ciudad, y aquellas gentes son de suyo tan hospitalarias, alegres y bien dispuestas para los forasteros, que, á pesar de mi melancolía y falsa posición, no hubo medio de escusarme de fiestas y bailes en el pueblo, meriendas en aquellos deliciosos huertos, donde el azahar embalsama el templado ambiente de la tarde, y continuas excursiones á caballo á los pueblitos de la circunferencia, cuya posición pintoresca y agreste pudiera escusar á muchos españoles el largo y penoso viaje que hacen á Suiza para ver lo que no falta en su propio país. De buena gana entraría en pormenores sobre las costumbres de aquel pueblo cristiano y cómo todo eminentemente árabe, á pesar de tantos años como han transcurrido desde la expulsión de los moros; pero la historia cuyo relato tenemos pendiente es ya bastante larga de por sí, para que la proloquemos con episódicas descripciones.

Don Antonio. Consiento en que por ahora dejemos tranquilos á los Serranos; mas con la expresa condición de que V. ú otro se ha de ocupar mas tarde en hablar de ellos; porque es materia curiosa.

El lector. Así constará; y yo me encargo de recordar esa resolución cuando y como convenga.

Alfonso. Siendo así, puedo ya proseguir libre del escrúpulo que de otro modo tuviera.—Han ya corrido mas de siete meses en mi desierto, sin haber tenido en ellos la menor noticia de las personas que Vds. conocen, si es que á pintárselas he acertado, y sin atreverme á escribir á ninguna de ellas, pues la única que en buenas relaciones había quedado conmigo era el coronel, á quien bien es de comprender que no quería molestar. Al cabo de ese tiempo fui convidado por un caballero de Ronda á pasar el día en uno de sus cortijos, inmediato al pueblo llamado Arriate, que en árabe significa *fuerza*, nombre tan á propósito para la situación de aquella aldea que equivale á una exacta descripción del país que la rodea. Pasábamos de cincuenta las personas convidadas, entre señoras y hombres, unos de la ciudad, otros de los lugares inmediatos; y hasta una familia vino de Osuna que dista de Ronda por lo menos ocho ó nueve leguas, que ahora no me acordó precisamente cuanto; pero salvar tales distancias en Andalucía para divertirse aconteció con tanta frecuencia que á nadie escamaba. Es de advertir, señores, que andaba entonces por aquellas tierras una famosa cuadrilla de hasta treinta *caballitos* ó ladrones bien armados; y que por lo mismo, todos los concurrentes llevaban, el que menos un relajo de dos cañones, muchos dos escopetas, y la mayor parte cuchillo de monte además. Yo por mi parte iba de uniforme con misable y mis pistolas de arzon. Preciso es hallarse muy familiarizado con aquel país para comprender que haya quien se atreva á salir al campo á solazarse habiendo de correr peligros graves; pero tanto es el poder de la costumbre que no sólo los hombres, sino hasta las mujeres mismas consideran el riesgo como dato invariable, y talen á los cortijos tomando las precauciones que alcanzan y dejando lo demás como ellos dicen á *la mano de Dios*.

Si un extranjero llegara al cortijo cuando á las tres de la tarde comíamos bajo un emparrado y viera al lado de aquellas mujeres de elegantísimos cuerpos, rostros morenos, y ojos que son afronta del azabache á unos hombres riendo, cantando á otros, bebiendo los mas, no pocos reguebrando á sus parejas; y todo eso con la canana ceñida y las escopetas á dos pasos; si viera también á los criados que nos servían dispuestos al combate; y en las vecinas eminencias á nuestros vigías en acecho de todos los caminos; dudo de que pudiera creer que éramos todos gentes honradas y en paz con las leyes. Como quiera que son, el hecho es que aquellas precauciones eran absolutamente necesarias; pero antes de probarlo con la relación de lo acaecido, convendrá, para la mejor inteligencia de mi cuento, que diga una palabra sobre mi posición hasta entonces en la reunión. Si el desengaño, ni la ausencia, ni el tiempo habían debilitado mi buen humor; y si bien me prestaba á las diversiones, porque la juventud era mas poderosa en la escena que las particulares circunstancias

en que me encontraba, al mismo tiempo, y por una especie de capitulación tácita entre el sentimiento y las inclinaciones; procuraba en la sociedad apartarme de las mujeres. En virtud, pues de ese mi propósito, hasta la hora de la comida no me reuní con las señoras y aun entonces colocándome en uno de los extremos de la mesa, atendí exclusivamente á las graciosas cuanto exageradas hipérboles de dos caballeros andaluces entre los cuales conseguí sentarme.

Llevábamos mas de dos horas de mesa; el Manzanilla y el Jerez habían circulado tanto y con tal presteza, que apenas había allí un hombre que no comenzara á ver *candelillos* delante de sus ojos; y como para las señoras la conversacion iba haciéndose un sí es no es croda, fueron sucesiva y lentamente levantándose una despues de otra, bajo diferentes pretextos, y entrando en el cortijo propiamente dicho. Gracias á esta casualidad estábamos solos los hombres cuando un tiro disparado en la colina mas inmediata á nuestra frente impuso silencio aun á los mas locuaces. Una breve reseña de la topografía de aquel terreno me es indispensable, y voy á hacerla sucintamente. Entre Ronda y Arriate hay un pequeño valle enteramente rodeado de colinas, cubiertas así de encinas y chaparros, como de sus retoños, y otros arbustos, que forman lo que se llama monte, y en el fondo de aquel valle, de figura parecida á una elipse bajo cuyo radio menor será de unas cien toesas á lo sumo, sin que al duplo llegue el mayor, está situado el cortijo, mas no en su centro, sino en la falda de la colina mas inmediata á la ciudad, hasta la cual va descendiendo el ondulado terreno. Sobre la opuesta eminencia se levantan, en anfiteatro, las cumbres del famoso monte de Tomillo, resultando el horizonte limitado en todos sentidos por una zona de oscuro color verde, cuyo melancólico aspecto contribuye poderosamente á realzar la belleza de la pura, trasparente, azulada bóveda que lo corona. El vallado de piedra bruta, sin argamasa; cal, ni otra liga que lo trabé y una, pero enzado de pitas ó higueros clumbas, que rodea el corralón ó redil, frisa con el pie de la colina, y extendiéndose en figura de triángulo irregular, une los extremos de dos de sus lados, con la casa de labor á la derecha, y con las *Tinasas* ó establos á la izquierda; y ambos edificios componen el cuarto lado del cuadrilátero. A la puerta de la casa está el emparrado, debajo del cual comimos; y á su frente el valle, dividido en hojas de tierra labrantia, estaba ya entonces cubierto de abundante cosecha. Por fin, señores, algunas toesas antes de llegar á la eminencia que del monte Tomillo nos separaba, hay un olivar, que se estiende en una amplitud razonable, hasta mas de la mitad de aquella. Tal es el teatro de la escena que voy á describir, ó á lo menos así me lo recuerda ahora la memoria.

Sono, como dije, un tiro, y *callaron todos Tirios y Troyanos*; quiero decir, así los que estaban ya casi avasallados á Baro, como los que, mas sobrios, conservaban entera en razon. Vinimos inmediatamente bajar á rienda suelta por el escarpado y retorcido sendero que á la cumbre conducía, á uno de nuestros vigías, cuyo caballo así escapaba sobre las desnudas rocas y espesas malezas, como pudiera en el hipódromo mejor dispuesto; mas antes que á nosotros llegara, otro disparo primero, despues dos, luego varios, no nos dejaron duda de que íbamos á necesitar de nuestras armas mas que de otra cosa. Entonces, amigos míos, aconteció, lo que invariablemente, y así en grande como en pequeño, acontece en todas las ocasiones de inminente peligro, ó saber, que aquellos á quienes la naturaleza ha dotado de mayor serenidad de ánimo, ó la costumbre familiarizó con el riesgo, de hecho y sin designio se constituyen caudillos y directores, sin que el amor propio de los demás, mientras dura lo crítico de la situación por lo menos, se ofenda, ni resista la dominación insólita que sobre todos pesa. En efecto, el amo del cortijo, hombre ya de cincuenta años, pero de un temple de alma á toda prueba; un Coronel retirado, á quien las balaz conocian bien; y yo, que aunque bisono, tenía todo el orgullo de mi profesion, nos reunimos como instintivamente para deliberar sobre lo que había de hacerse, despues de habernos armado; y haciendo otro tanto los demás circunstantes, nos rodearon esperando un silencio, y no sin señales harto visibles de inquietud, á que resolviésemos. Urgía el tiempo; el fuego se nos iba acercando; las señoras, á la puerta del cortijo se habían agrupado, como banda de pelomas que ve aproximarse al milano; y por otra parte, apenas nos quedaban dos horas de día.—*Señores*, dijo el huésped, es indudablemente *Paquito el majo* quien con sus facinerosos nos sitúa. Haré un mes me escribió pidiéndome mil duros y una botanadura de oro: me he negado á lo uno y á lo otro....—Y viene á prender fuego al cortijo y á las mieses, como es su costumbre, interrumpió el Coronel.—¿Qué gente trae? pregunté yo.—La que él tiene ordinariamente son unos treinta raballistas; pero bien pudiera ser que para esta expedicion se lo hayan unido algunos de á pie, contestó el amo del cortijo.—¿Con qué gente contamos? volvió á decir el Coronel.—Aquí somos diez y ocho; respondí despues de haber contado.—Bien; los criados serán hasta doce; todo el mundo tiene armas....

Quando así decía el Coronel, llegó á donde estábamos el vigía de

que dejó hecha mención, y nos anunció que la cuadrilla entera del *majo*, con algunos peones por añadidura, venía en ala batiendo el bosque, y que nuestros hombres habrían precisamente de retirarse ante fuerzas tan superiores. Sin que nos lo dijera lo presuñamos así; pero además, ya entonces los malhechores coronaban la cima del monte, y nuestros criados se retiraban precipitadamente, de árbol en árbol, cargando sus armas á la carrera, y volviéndose á dispararlas siempre que cualquier accidente del terreno se lo permitía. Entonces por vez primera conocí las violentas pero nobles emociones del combate, donde el apego á la vida cede pronto el lugar, en los corazones bien nacidos, al deseo de la victoria. Me dirán Vds. que cuando se pelea contra malhechores no tienen lugar tales sentimientos: yo contestaré que el malhechor desaparece en el fuego, y que para el que há de hacerle frente, no es menos importante vencerle que si se tratase del mas ilustre palacio. Vuelvo á mi cuento. —Las mujeres á Ronda, escoltadas por algunos de estos caballeros—Clamó nuestro veterano, ya de hecho general en jefe. Y tan bien pareció su idea, que casi todos aquellos caballeros se ofrecieron en el acto á ser de la escolta. Pero nuestro jefe escogió seis, á quienes llamó por sus nombres; y quiso darme el mando del convoy, mas habiéndome yo negado rotundamente, me reemplazó con uno de los que no habían tenido tanta ansia como los demás de apartarse del campo de batalla....

Mientras que los nombrados, no sin alanes, y menos sin ejercitar la paciencia, se ocupaban en acomodar á las señoras en jamugs y consiguiendo, merced al miedo, ordenar el pequeño convoy en minutos, emprendían su retirada: los malhechores, que á la cuenta, esperaban sorprendernos, hicieron alto en la cumbre de la colina; y nosotros, viendo un grupo de tres ó cuatro caballistas en el centro de su línea de tiradores, informos que tambien celebraban consejo de guerra. Entonces dispusimos que todos los criados, á mis órdenes, se apostasen en el olivar, sirviéndome de reserva el Coronel con ocho de los convidados, y entrándose el dueño del cortijo en él con los restantes, el aperador, algunos mozos de labranza y los pastores. Nuestro plan de batalla fué que yo resistiese cuanto razonablemente pudiera en el olivar; que, en caso necesario, me retirara, apoyado por el fuego que el veterano y los suyos harían desde un espalio fronterero al cortijo; y que, en último apuro, nos encerrásemos en la casa, que su dueño abastecería con cuantos víveres y agua encontrase á mano, tapando además con colchones todas sus ventanas.

A todos estos preparativos, ejecutados con la rapidez que las circunstancias exigían, y el silencio que los peligros graves imponen siempre, siguieron algunos minutos de inesplicable ansiedad y de cruel incertidumbre. La consulta de los jefes de los ladrones se prolongaba; sus tiradores estaban inmóviles, y nosotros teníamos fija la vista en ellos, esperando algunos que los bandidos se retiraran, pues que nos veían resueltos á resistirlos. Y en efecto, el ladrón andaluz pocas veces se bate, sino cuando la necesidad de defenderse le obliga á hacerlo; mas por aquella vez hubimos de creer que variaban de sistema; pues á los pocos minutos de haber tomado posición mi destacamento en el olivar, comenzaron á bajar en ala, prorumpiendo en feroces alaridos, música infernal, de que fué digno acompañamiento un fuego regularmente nutrido. Con todo eso, mis hombres, al abrigo de los árboles trinos, otros tendidos tras de las matas, y todos bien municionados, respondieron como convenía á la salva de los ladrones, y pronto les obligaron á dejar la carrera y avanzar paso á paso con inimitable maña para aprovechar los accidentes del terreno. Yo, á caballo, corría de uno á otro flanco mi pequeña línea, tanto para animar á los que la componían, cuanto para cerciorarme de que ninguno de ellos recibía lesión alguna del fuego enemigo, como así fué, gracias á la prudencia con que todos se situaron.

(Continuad.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

Hospitalidad y sobriedad de los Arabes.

Cuando Volney, que habia salido de Europa para ir á recorrer el Oriente, hubo residido algunos meses en el Cairo, se fué al Líbano en la Siria, permaneció algun tiempo entre los Drusos, y después que aprendió lo bastante de Arabe con los monges, se lanzó á atravesar los desiertos, provisto de cartas de recomendacion para los jefes de las tribus.

Cuando llegó á la tienda de uno de estos á quien iba particularmente á ver, regaló un par de pistolas á su hijo que estaba presente, el que las admitió con gratitud.

Cuando el jefe concluyó de leer la carta que Volney le habia entregado, le cogió las manos y se las estrechó cordialmente diciéndole:

—Bien venido seas: puedes permanecer entre nosotros el tiempo que gustes. Despide tu guia, pues nosotros le reemplazaremos; con-

sidera esta tienda como tuya, á mi hijo como á un hermano tuyo, todo lo que háy aquí como si te perteneciera.

Volney no vació en fiarse del hombre que se expresaba con tal sinceridad. Entonces tuvo ocasion de experimentar la religiosidad con que observan los árabes las leyes de la hospitalidad. Vivió seis semanas en el seno de aquella familia errante, participando de sus ejercicios, y conformándose en un todo á su método de vida.

Un día le preguntó el jefe si su patria estaba lejos del desierto, y cuando Volney le hubo dado una idea de la distancia que habia de una á otra, le preguntó:

—¿Y para qué has venido aquí?

—Para ver la tierra y admirar las obras del Creador.

—¿Tu país es hermoso?

—Mucho.

—¿Pero hay agua en él?

—Muy abundante. En una jornada la encontrarías muchas veces.

—¿Tanta agua hay! exclamó el Árabe sorprendido. Tanta agua hay en tu país y la dejas!

Volney hubiera deseado pasar algunos meses entre estos árabes, pero queria viajar mas, y sobre todo le era imposible contentarse como ellos con tomar por alimento diario tres ó cuatro dallas y un puñado de arroz. Le hacían sufrir tanto el hambre y la sed que á veces se sentía desfallecer. Los cuidados eran solícitos, pero los alimentos eran malos y escasos. Volney fué al fin que despedirse de su huésped y recibió al marcharse mil pruebas de su cariño; el padre y el hijo le fueron guiando hasta una gran distancia; y no se separaron de él hasta que le hicieron prometer que volvería á verles. Pero la suerte lo decidió de otra manera, y esta despedida fué la última que se hicieron.

Sentencias y máximas.

No hay ni un libro que sea totalmente malo para quien tiene la paciencia de leerle hasta el fin, la facilidad de leer aprisa, y el talento como dice Sterne, de ir á caza de pensamientos.

El espejo es un libro que sienta ó divierte segun la edad. Se le consulta como á un profeta. Cuando la mujer es jóven, se mira en él para ver si es muy bonita; cuando es vieja, para asegurarse de que viene sin algunos atractivos. Se engañan siempre y mueren sin romperlos.

La providad es necesaria á los que viven en sociedad para estar entre si con confianza; lo es igualmente al hombre que vive retirado en la soledad, para que pueda vivir en paz consigo mismo.

Lo que caracteriza al verdadero hombre honrado es la predisposición á hacer el bien, aun cuando tenga la seguridad de que será ignorado de todos, y tenga al mismo tiempo la certidumbre de poder hacer el mal con impunidad y sin que ningun otro hombre lo sepa.

CONSECUENCIAS FUNESTAS DE UN RASGO DE AMOR FILIAL.

La princesa Annalia de Inglaterra sucumbió en 1811, á los estragos de una enfermedad larga y penosa. Esta pérdida tuvo consecuencias fatales. Adorada por toda su familia, recibiendo los cuidados mas tiernos y solícitos de todos los que la rodeaban, conmovida particularmente por el excesivo cariño del rey su padre, y queriendo dejarle una prueba y un recuerdo del que ella tambien le profesaba en tan alto grado, mandó buscar un joyero, y le hizo que delante de ella montara un rizo de pelo suyo en una sortija con esta inscripción: *Remember me after I am gone* (acuérdos de mí despues que yo no exista). Cogiendo despues el anillo, le colocó por sí misma en el dedo de su padre. Pero esta prueba era barto fuerte para que la pudiera resistir el que tenia su corazón desgarrado tanto tiempo hácia por el estado deponable de una hija tan querida, y aquella misma noche, mientras la princesa espiraba, el rey Jorge III. volvió á ser presa de sus accesos de demencia de los cuales nunca ya curó. Esto nos prueba que antiguamente podria existir aun el cariño entre los reyes.

DIGNA PREROGATIVA DE LAS MUJERES EN EL ORIENTE.

En el Cairo, bajo el dominio de los mamelucos, cuando perseguían á un hombre para matarle y conseguían llegar huyendo á la puerta del Serrallo y gritar: *Fi ayá el Harim* (bajo la proteccion de las mujeres), obtenía que le perdonaran la vida y le dejaran libre.

Los soldados de Touquin.

Una mujer condenada á muerte, en Touquin, sufrió el suplicio con tanto valor que los soldados que la rodeaban se comieron su cadáver, no por bravata ó crueldad como los salvajes del Canadá, sino para identificarse con algún valor que tanta admiracion les causara.



PAGINAS

DE LA

VIDA DE JESUCRISTO,

SACADAS DE LA HISTORIA UNIVERSAL DE BOSSUET,

ILUSTRADAS CON DIBUJOS IMITADOS DE ALBERTO DURERO, RAFAEL, HOLBEIN, GOLCIO Y MADRAZO. LITOGRAFIADOS POR LOS SEÑORES VALLEJO, URRABIETA, LOZANO, LEGRAND, LETRE Y LOPEZ.

Un libro de religiosa y grata contemplacion, un *Album piadoso* que por su forma y por su esmero pueda rivalizar con las obras profanas que la moda introduce hoy en el interior de las familias, para ostentarias como objeto de lujo sobre las mesas de los gabinetes, esto es lo que ofrecemos al público.

Los libros sagrados, ese manantial puro é inagotable de instruccion y calma religiosa, de consejos para el fuerte, de lecciones para el apocado, de consuelos para el infeliz, han inspirado las páginas que anunciamos.

Tratándose de contribuir á popularizar la historia sagrada, debíamos acudir á un escritor eminente y hemos elegido á Bossuet; debiendo adornar con láminas la vida del Redentor, nada nos ha parecido mejor que imitar los cuadros de los grandes pintores que han trasladado al lienzo escenas de aquel drama sublime, y no hemos vacilado en seguir los pasos de Alberto Durero, Rafael, Holbein, Golcio y Madrazo.

Los mas distinguidos dibujantes de Madrid se han ocupado de las 24 láminas litografiadas, de mayor tamaño que este periódico, que en esquisito papel de la fábrica Zaragozana comprende la obra, y cuya estampacion ha sido confiada al acreditado establecimiento del señor Donon.

Sin embargo de esta reunion de costosas circunstancias, la obra completa encuadernada con una lindísima cubierta, no cuesta mas que 45 rs., y los suscritores al SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL ó LA ILUSTRACION, pueden adquirirla por 40 solo con presentar el recibo de su abono.

En Madrid se halla de venta en las librerías de Monier, Cuesta, Publicidad, Gaspar y Roig, Matute, Bailli-Bailliere, Jaimebon, Poupart, Lopez, Villa, Dos Amigos y en la estamperia de Peligrini.

En provincias en casa de todos los corresponsales de las *Oficinas y establecimiento tipográfico del SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL* y de LA ILUSTRACION, ó remitiendo una libranza de fácil cobro sin descuento alguno, que cubra el precio de la obra. Tambien habrá desde el domingo próximo ejemplares encuadernados con lujo.